

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

La Caricatura

AÑO II

MADRID 26 DE FEBRERO DE 1893.

NÚM. 32.



DE MONOS

— No llegará el día deseado por nosotros si te propones vivir de la prensa: he sabido que el director acoge con frialdad tus trabajos.
— ¿Con frialdad? No lo creas. Con calor, con demasiado calor: todos van á parar á la chimenea.



MEMENTO homo quia pulvises...

Pasó ya el Memento y hasta el polvo del Carnaval y de la Piñata.

Digo, del Memento no puedo decir si habrá pasado de esta vida; porque no le veo ni le oigo.

Sería una lástima que se malograra, porque es un carácter digno de estudio.

Memento es ó era un joven ambidextro.

Se sintió con vocación ó le impulsaron á ello, en Granada, su pueblo natal, y abrazó hiperbólicamente la carrera eclesiástica.

Peró desde su legítimo y humilde principio: en clase de monaguillo raso.

Como teólogo práctico.

No tardó en ascender: su capacidad le conquistó en poco tiempo el grado y aun la efectividad y empleo de sacristán.

Memento ascendía como la espuma, que dice el vulgo de los mortales, y ya excitaba emulaciones en algún canónigo.

Esto era por causa de la voz.

Memento se encontró una voz de tenor, de Tamagno reducido á la escala, no de Milán, si no de Trevelez, que es la de los jamones de los dioses.

Cantaba Memento para las necesidades del templo, como una de esas estrellas, ó, mejor, como uno de esos luceros del arte, en el teatro.

Hubo momentos en que creyó el que le oía, que no era sino un ventrílocuo quien cantaba, y que Memento hacía la figura ó el autómeta.

Personas más ilustradas que las dichas, supusieron que Memento llevaba un fonógrafo dentro.

Vamos, que aquella voz no era suya.

Si algunos años antes, alguien hubiera

supuesto tal burla, aun cuando era disparatada la suposición, no se habría librado el pobre Memento ó quien hubiese «llevado la voz cantante», de morir «á la parrilla».

Peró la juventud es frívola y no la detienen en sus caprichos ni halagos, ni peligros, ni consejos.

Memento asistió á varias corridas de toros en Granada y en Sevilla, y se entusiasmó con los picadores.

Y se lanzó á picar solo... á cualquiera.

—¡Si yo pudiera llegar á ese!—decía una vez.

Ese era Badila.

—Sí, hombre —le afirmé.—Es muy llano y bien educado: lléguese usted, que le recibirá bien, seguramente.

—Digo yo llegar á valer tanto como él vale.

—Bueno, eso otro día, hombre.

Los chiquillos, que castigan aún faltas no consignadas en código alguno, ¿cómo habían de perdonar á Memento aquella apostasía cometida al abandonar el incensario por la garrocha?

Le vieron una vez en la plaza en una novillada, y cien voces gritaron:

—¡Memento! ¡Memento!

Habían reconocido en el pincha-novillos al sacristán.

Y nunca volvieron á llamarle más que Memento.

Intrigas, tal vez, le separaron del ruedo y le robaron al arte del Cid, Carlos I, Charpa y el Coriano.

La verdad es que Memento pasó, como el Carnaval y la «Piñata».

Y el pan *faccioso*; ese de los panecillos de 200 gramos, recién nacidos, y amasados en libertad.

Peró las elecciones están encima.

Y es lo que dirán los dueños de las casas de «préstamos sobre alhajas y ropas que convengan».

—Ensayemos un rasgo: con una muestra insignificante de atención, nos quitamos la mosca de encima para todo, porque las elecciones están al caer.

—¡Y qué mosca!

—Ya se ve, gigante; la mosca Aguilera.

—Regalemos esas ropas que quieren comprarnos para los pobres.

—Vistamos al desnudo.

—Váyase por las veces en que desnudamos al vestido.

—Nosotros nunca: son ellos solos: en nuestras casas encuentran oasis en el desierto.

—¡Oatchist! Eso.

—Dios le ayude á usted.

—¡Cuántas hambres evitamos!

—¡Cuántos apetitos!

—¿Y nosotros, los tahoneros?

—Y formamos parte, no despreciable, del cuerpo electoral.

—Esa es la madre de D. Venancio, digámoslo así.

—Por eso nos tratan con tolerancia.

—Pues no que sería por la linda cara de cualquiera de nosotros.

¡Qué escenas tan cómicas y tan interesantes pudieran resultar por consecuencia del donativo de los prestamistas.

Al tropezarse en la vía pública algún día, con algún asilado el que fué dueño y empeñó y perdió la cazadora que el otro lleva, por ejemplo, qué exclamación:

—¡Ah! ¡ella! ¡es ella!

«¡Hoy la he visto, la he visto, la he tocado! hoy somos dos.»

—¿Qué ella ni qué...?—replicaría indignado el mendigo oficial—soy él, ¿sabe usted? él.

—Sí, pero el dueño legítimo de esa cazadora, soy yo, ¿sabe usted? yo.

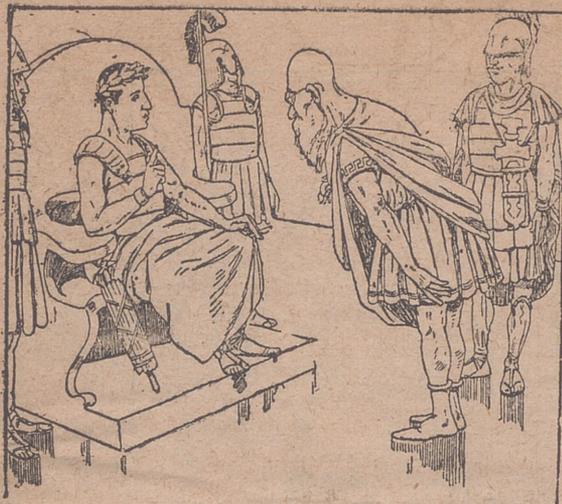
—Déjeme usted vivir y siga usted por su camino: á mí me viste el gobernador de la provincia; esta cazadora es oficial, patriótica, sagrada, puede decirse.

¿Y al que le toque en el reparto un terno del tamaño correspondiente al señor Aguilera, supongamos, siendo un Núñez de Arce por las dimensiones?

¿Cómo se arreglará?

Eduardo de Palacio.

EN LA ANTIGUA ROMA



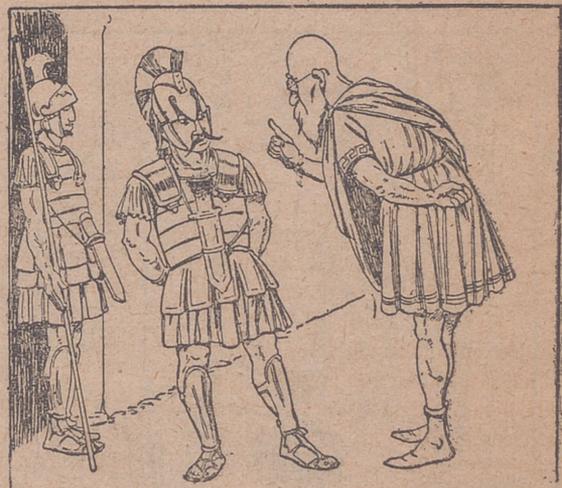
1.— César, que, como es sabido, era aficionado á las bellas artes, llamó un día al mejor escultor de su imperio, y le encargó un bajo relieve que fuera una maravilla en cuanto á realidad.



2.—El famoso escultor, que sabía cómo las gastaba César, vió en peligro su reputación. Temía no tener arte suficiente para satisfacer las exigencias del emperador romano.



3.—Perder la fama adquirida en tantas obras y durante tantos años, no era cosa de juego. Se encerró en su estudio y meditó. Por fin tuvo una idea.



4.—Corrió á ver á un su amigo, capitán de la guardia, y se pidió su valioso concurso. Lo necesitaba á él y á cuatro hombres más.



5.—El capitán no pudo negarse, y, en efecto, seguido de cuatro hombres de su guardia, se trasladó al estudio del eminente escultor.



6.—Una vez allí, nuestro hombre preparó precipitadamente cola muy fuerte.

EN LA ANTIGUA ROMA



7.—que fué extendiendo sobre las espaldas de los guardias romanos,



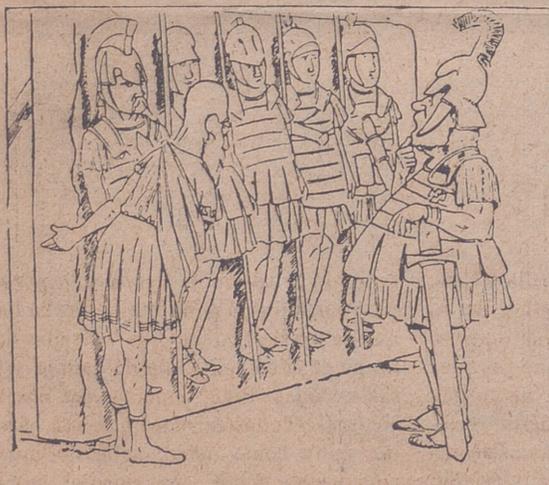
8.—y adhiriéndolos cuidadosamente al bloque de piedra preparado de antemano.



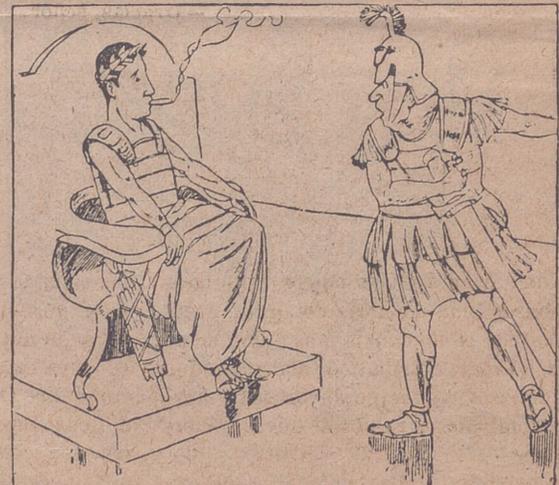
9.—Hizo luego una preparación con cal y los blanqueó con gran esmero.



10.—Y casi quedó satisfecho de su obra. No podía exigirse más naturalismo.



11.—Recibió á poco la visita de un ayudante de campo del emperador, que quedó maravillado.



12.—Y avisó al emperador, contándole su asombro ante la obra maestra del gran artista.

EN LA ANTIGUA ROMA



13.— César, con la suntuosidad de que rodeaba todos sus actos, se trasladó al estudio del escultor.



14.— Y se maravilló también. Verdaderamente aquello era una obra maestra. Los parecidos asombrosos.



15.— Sobre todo el capitán es el vivo retrato de uno de su guardia, un valiente, por cierto.
— Gracias, señor.

PALIQUE

HACEN bien los periódicos populares honrando la memoria del gran poeta español con el homenaje más digno de su gloria, á saber: el tributo de alabanzas que le rinden sus contemporáneos más ilustres y compañeros en el arte que le inmortaliza.

Las palabras de Castelar, á la cabeza de un número de *El Imparcial*, son pocas, pero elocuentísimas; dignas del sublime poeta y del sublime orador, los dos patrio-

tas-artistas por excelencia. Zorrilla y Castelar resumen la historia poética de la segunda mitad del siglo XIX, son nuestra epopeya española viva. Sí, viva, porque, como dice Castelar, el tránsito de un genio cual Zorrilla supone inmediata resurrección, como la que se celebra en Pascua á las pocas horas de llorar la Iglesia la muerte del Salvador.

Estos muertos, ya inmortales en vida, pasan inmediatamente á ser constelaciones

como la cabellera de Berenice; y por si no pasaran, ahí está doña Emilia Pardo Bazán que se toma el cuidado de decir que Zorrilla no es el sol, sino una de tantas y tantas estrellas Bien, señora; *sed non erat hic locus!* Todos sabemos que una persona tan culta como usted, sabe de muchos más poetas que el poeta español que acaba de morir; pero esta es ocasión de olvidar á los demás y hablar de éste.

Yo voy á solemnizar á mi manera la

tristeza nacional que lamentamos todos, y voy á solemnizarla un poco á lo pagano: con un sacrificio; sí, sacrificando en el altar de la verdad ciertos miramientos

Doña Emilia Pardo tiene la pésima costumbre de hablar mal de los muertos, ya sea francamente, ya con rodeos. Cuando murió Cañete, la señora Pardo le maltrató con desdenes y eufemismos crueles. Ahora muere Zorrilla, y en *dos partes* le da lanzadas que no verán los miopes.

Verdad es que Zorrilla acababa de decir, en la última poesía que publicó, «la inevitable Emilia», y es claro que lo que Zorrilla haya dicho en sus últimos versos quedará. Sí, cuando ya nadie en el mundo se acuerde de *La Tribuna*, ni de Marineda y quien la inventó, ni mucho menos de los sietemesinos asalariados con lisonjas que la Pardo tiene á su devoción para alabarla en los periódicos, todavía se preguntarán las gentes quién sería aquella Emilia inevitable de quien hablaba el poeta. Y se pensará que muy inevitable debía de ser cuando un hombre tan bueno, tan suave, tan enemigo de rencillas literarias la calificaba así, y *nominativa* en una revista en que de todos hablaba bien menos de ella y de Cánovas...

A propósito y antes que se me olvide. Cánovas también se venga de Zorrilla; Cánovas que se mete en todo, que escribe *pensamientos* en la punta de una aguja, no ha dicho nada ahora ni ha presidido nada para honrar á Zorrilla. ¡Oh, corazones magnánimos! Rivalidades del oficio.

Volvamos á doña Emilia: ésta se ha vengado del epíteto de marras, *primo* en el teatro crítico aconsejando á un poeta que no imite á los románticos del tiempo de Espronceda, porque todo aquello está

mandado recoger. Según doña Emilia, *El capitán Montoya y Margarita la Tornera*, son leyendas demodées. Así dice.

Pero la gran venganza la reservó doña Emilia Pardo para el artículo necrológico que *El Imparcial*, inocente, le encargó el día que quiso solemnizar la memoria de Zorrilla. Aquí te quiero escopeta, ó rueca, se dijo la ilustre gallega, y mientras los demás literatos ponían al poeta por las nubes, ella le ponía en ridículo, y en vez de lamentar su muerte, lamentaba que no se hubiera muerto hace una porción de años.

He visto pocas cosas más repugnantes y más odiosas que el artículo de doña Emilia á que me refiero.

Empieza por hablar mas de sí misma que de Zorrilla; sigue maltratando á Ducacal, también difunto; acusa de ingrato á Zorrilla indirectamente, pues lo primero que dice de él es que ella le agasajó en su casa de la Coruña, le cubrió el camino de flores.. y aquí se sopla para el contraste lo de «la inevitable Emilia».

Después, fingiendo lástima, nos describe á Zorrilla contratado con exclusiva para recitar versos, como si fuera un fenómeno de feria.

Y, por último, dice que más valiera que se hubiera muerto mucho antes para no verse obligado á vivir tantos años de su vejez, «arrastrando la pluma y las alas».

Esto es sencillamente un insulto.

Y un insulto á un muerto; y á un muerto ilustre, gloria de España.

¿Arrastró la pluma Zorrilla? Que lo pruebe la señora Pardo. Ciertamente que en las poesías de estos últimos tiempos, Zorrilla, por querer seguir corrientes extrañas á su

genio y estilo, á veces incurría en defectos algo semejantes á los de Victor Hugo en su última época, y además eran algunos versos suyos de este tiempo prosaicos; pero ¿es eso arrastrar la pluma? Además, entre esa prosa brillaba á lo mejor y á menudo la más delicada y sincera poesía, aleccionada por una larga y evangélica experiencia de la vida. En la misma composición en que llama á doña Emilia inevitable (é inevitable se queda para siempre) hay entre mucha hojarasca prosaica rasgos hermosos, y al final un arranque lírico digno del mayor poeta.

¿Arrastrar las alas! ¿Por qué? ¿Dónde? Y aunque todo eso fuera verdad, que no lo es, ¿cree la señora Pardo que era esta ocasión de decirlo?

Venganza femenil.

¿Pues si doña Emilia hubiera oído al monstruo!

Lo menos le llamaba poetastro.

Lo que es si piensa emplear iguales represalias en toda ocasión, vaya preparando las necrologías de Valera, Menéndez y Pelayo y Castelar (por si les sobrevive), y vuelva á decir de ellos lo que me decía á mí en cartas que conservo (y bien serán unas ochenta)..., porque, créame, que lo merecen ni más ni menos que Zorrilla.

El que más y el que menos la tiene por inevitable; no, y además lo dice.

Galdós, á quien doña Emilia compara con la Nevada, es el único gran escritor á quien no he oído hablar muy mal de la señora Pardo.

Que de tan pardo va pasando á castaño oscuro.

Las cosas caras.

Clarín,

EL PULSO



—A ver, á ver el pulso. Saque usted la manita aprensivo.



—Yo no estoy bueno doctor.

No lo entiendo.



o, señor; no lo entiendo, ni falta que me hace... porque esta es justamente una de las infinitas cosas que á mí no me importan. Sin embargo, confieso á ustedes que me hizo cavilar un buen rato, y por cierto

to que saqué de mis cavilaciones, como suele decirse, lo que el negro del sermón: la cabeza caliente y los pies fríos.

Es el caso que el señor Alcalde popular—así creo que se nombra, aunque no es el pueblo quien lo elige—ha publicado este año, según es uso y costumbre todos los años en Carnestolendas, un bando en el que se establecían reglas para la ordenada circulación de carruajes por los paseos á que de ordinario afluyen las máscaras y los curiosos que van á verlas. Y por cierto que el tal bando le ocasionó disgustos.

Noten ustedes que hablo de asuntos pasados, y pues dice el vulgo: «agua pasada no muele molino», no puedo perjudicar á nadie, ni aun causar á persona alguna la más leve mortificación de amor propio. Pasó el Carnaval, las máscaras se divertieron cuanto les fué posible, las gentes de coche pasearon por donde se lo permitió la autoridad; llegó el miércoles de ceniza y con la ceniza el terrible *memento, homo, quia pulvis*, etc., y... hasta otra. Para cuando vengan otros carnavales, y otros bandos, y otras mascaradas, y otros *memento, quia pulvis*... vayan ustedes á saber lo que aquí habrá sucedido, y si

«ni aún quedará vestigio de su lumbre.»

Pero vuelvo al bando y torno á mis cavilaciones, que no quieren dejarme en paz.

Decía en el bando:

«Para circular los carruajes por el centro de los paseos del Prado y Recoletos y por la calle de Alcalá hasta la de Cedaceos por una parte y la plaza de la Independencia por la otra, será indispensable obtener de la Alcaldía la oportuna licencia, previo el pago de 150 pesetas los de uno ó dos caballos y de 300 los de cuatro.»

No me parece mal que para el tránsito por determinados sitios sea necesario obtener una licencia, sea ó no sea oportuna, ni que para alcanzar esa licencia hayan de satisfacer, los dueños de los carruajes ó sus usufructuarios, 150 ó 300 pesetas, según los casos. Eso, *mutatis mutandis* se ha

hecho siempre, y además me parece muy puesto en el orden, son recursos legítimos para el Ayuntamiento; que bien los ha menester el desdichado.

Tampoco me pareció mal, antes lo estimé muy acertado, lo que á continuación de esto decía el señor alcalde en su bando:

«Únicamente se exceptúan de esta prescripción, por exigirlo así las necesidades del servicio, los carruajes del capitán general, Gobernador de la provincia, ministros de la Corona y representantes extranjeros.»

Lo que ya no me pareció tan bien (ni medio bien siquiera), es que la autoridad municipal relegase, en su enumeración de excepciones, al último lugar á los representantes extranjeros que, á mi modo de entender, acaso equivocad, pues nada sé de *tiquis miquis* diplomáticos, deberían

haber sido colocados en puesto preferente.

Eso, al fin y al cabo, no tiene verdadera importancia; lo que sí la tiene y fue precisamente lo que, según he manifestado, me hizo cavilar, es lo relativo á los coches del capitán general, ministros, etc., etcétera. Se decía en el bando que la excepción estaba fundada en *exigencias del servicio*; corriente; es como si hubiera dicho al público: «cuenta que si los señores ministros, el señor capitán general, el señor Gobernador civil, no se proveen (previo el pago de las pesetas consabidas) de la licencia oportuna, no es porque, en concepto de simples ciudadanos ó de vecinos de Madrid, sean de mejor condición que sus convecinos, sino porque las necesidades del servicio puedan exigir, que una autoridad, en momento dado, salga á todo el correr de sus caballos, no digo por el centro de un paseo, sino hasta por las aceras de una calle. Asuntos oficiales existen en los que la pérdida de diez minutos puede ser de suma trascendencia, y por eso paga el Estado carruajes á los ministros y á varias personas constituidas en elevado puesto.» De los cuales coches podría suprimir alguno.

Hasta ahí todo iba perfectamente; pero es el caso que cuantos en los días de Carnaval, por entretenimiento ó por obligación, pasaron por el Prado y por Recoletos, pudieron ver carruajes de ministros ocupados por señoras, circulando por el centro de ese paseo... y no acertaron á explicarse si lo harían por exigirlo así las necesidades del servicio. El asunto, como cuestión de pesetas, tiene escasa importancia; diré más, no tiene ninguna. Que el Municipio percibiera 150 pesetas más ó 150 pesetas menos, no quita ni pone en la situación poco satisfactoria de su Hacienda. Me parece que no puedo mostrar más esplendidez, ni mayor prodigalidad... En resumen, no era yo el que había de cobrar esas pesetas. Pero desde el punto de vista del respeto á la ley y de la consideración á las autoridades municipales, entiendo que la cosa es grave y que convendría pensar en ella.

Cuando el ministro no ejerce funciones de tal; cuando acude, como Juan particular, á divertirse, lo mismo que otros se divierten, ¿debe gozar de las preeminencias que se le han otorgado para *necesidades del servicio*? Creo que no.

Peró como hay, por lo visto, algunas personas que opinan de distinto modo, no sería malo que fuésemos pensando en esto para el Carnaval del año venidero.

A. Sánchez Pérez.

LA LENGUA



—¿Conque el estómago? Ocupación sin duda. A ver la lengua.



.....

LAS GALLINEJAS FRITAS

Varias sucursales tiene
 en Madrid Pedro Botero;
 los puestos de *gallinejas*
 que hay en los barrios extremos.
Gallinejas son las tripas
 de animales que murieron,
 tripas, á medias, lavadas,
 y á medias, fritas en sebo.
 En el borde de la acera,
 sobre hogar lleno de fuego,
 se mira en diversas calles
 hervir un perol inmenso,
 y al lado sopla la hornilla
 con fuelle, y viejo,
 una mujer que á las veces
 tiene buen rostro y buen cuerpo.
 En una fuente de barro
 que es depósito *sinistro*
 de los tripajos *innobles*,
 pringosos y amarillentos,
 meten las *fúnebres* manos



SIEMPRE EN RIDÍCULO

El elegante de otros tiempos.



SIEMPRE EN RIDÍCULO

El elegante de ahora.

la Celestina del puesto,
 y va echando en las burbujas
 la carne de su comercio.
 Aseguran las comadres
 que en todo meten el cuezo,
 las viejas murmuradoras
 que viven en el secreto,
 que para hacer el aceite
 donde echan tales buñuelos,
 arrojan en la caldera
 cabos de vela mugrientos,
 y que los pábilos sacan

cuando está líquido el sebo.
 Ni lo afirmo, ni lo juro,
 que fuera atroz juramento;
 pero al gozar del *aroma*
 que echa la caldera hirviendo,
 y al ver el humo asfixiante
 que vela el *terrible* puesto,
 que son cabos me figuro,
 cabos de velas de muerto,
 cogidos de velatorios
 entre hisopazos y rezos.
 ¿Serán los que frien, trozos
 sacados del cementerio?
 ¿Serán gatos fenecidos
 en la hidrofobia del cielo?
 ¿Serán magras de pollino
 que fué retozón primero,

y dió en la filosofía,
 y murió de puro entero?
 ¿Vedado está al raciocinio
 del hombre tan gran misterio!
 Lo que se observa es que acuden
 al frito seres diversos,
 y que después de comprarlo
 lo engullen que es un contento.
 Ese plato de *ultratumba*
 jamás penetró en mi reino,
 y entre una bala y el frito,
 ¡la bala pido primero!
 Que coma aquél que le agrade
 el *lúgubre* condimento;
 ¡hasta que yo muera, nada
 quiero con Pedro Botero!

Salvador Rueda.

MADRILEÑERÍAS



—Ni las más insensibles moléculas de su corazón han dejado de interesarse á estas horas.

Sin careta.



En esto hace muchísimos años; era en aquella época para mí felicísima en que los bigotes, hoy escarchados por el tiempo, campeaban negros y lustrosos como ébano pulimentado sobre los labios—amigos siempre de rezar amores al oído de las bellas.

¡El primer amor!... Ah, señores, ¿quién podrá describirle con sus timideces y optimismos, sus dichas y sus anhelos?... Nadie y menos yo que aborrezco disquisiciones siempre enojosas en boca del historiador... Ello es—lectores míos—que un servidor á los veinte años tenía por el más feliz de los mortales con su *frac* azul de botones dorados y sus amoríos—los primeros que figuran en la lista pecadora.

Julieta—se llamaba así mi novia—era una de esas señoritas de la clase media recatadas y honestísimas... Vivía en compañía de su madre doña Luisa, una señora de rostro severo y ojos mortecinos que traía siempre á colación con aquel su hablar suspirante la época de sus pasadas grandezas, cuando su difunto mangoneaba como Intendente en no se qué parte de Indias... La hija me inspiraba un gran cariño: la madre, sumo respeto.

—Es usted un joven de provecho—solía decirme doña Luisa—usted hará la felicidad de mi hija cuando se case con ella.

Yo bendecía tan lisonjeras frases y tenía á mi presunta suegra por la más simpática y bondadosa de las madres... Más que novios Julieta y yo parecíamos dos desconocidos... Todas las noches á las ocho en punto iba yo á su casa, y con una monotonía, cuyo recuerdo me horroriza, pasábamos las dos horas de mi visita sen-

tados uno en frente del otro en dos amplios butacones de la sala; doña Luisa colocabase en medio, en el sofá de respaldo verde botella con alto respaldo curvado de caoba... Y ya era sabido: la viuda tomaba la palabra y siempre eran los temas obligados de su conversación los cambios atmosféricos, la vida y milagros del bueno del Intendente—cuya santa gloria halla—los negocios del Estamento, las funciones de Iglesia y los proyectos para lo porvenir cuando Julieta se casase conmigo. En este punto extendíase doña Luisa, y como madre previsora y mujer de gran experiencia, nos endilgaba—quieras que no—un párrafo inacabable—de máximas y consejos que no había más que pedir. Era aquella viuda una edición vivien-

te, corregida y aumentada, del libro famoso de Fray Luis de León.

A todo decía yo «amén», y considerábame el novio más afortunado del universo mundo la noche en que podía cambiar cuatro frases, mejor dicho, cuatro atildadas tonterías con la dueña de mis pensamientos.

Los domingos y fiestas de precepto torcíase algo el rumbo de esta vida imposible. Ibamos por la mañana á oír misa á San Ginés; por la tarde, ostentando nuestras mejores galas, bajábamos al Prado de San Fermín, y á la vuelta á casa era de rúbrica soplarnos en la botillería de Pombo tres sorbetes que aflojaban un tanto mi bolsillo. Por la noche, otra vez en el estrado á hacer de figuras decorativas.



—¿Todavía no has perdido esa mala costumbre de tocar las comidas?
—Esté usted tranquilo, señor; hoy sólo he metido un dedo.

Podía enorgullecerme de poseer pronto la mujer más recatada y honestísima de cuantas viera nacidos.

II

Poco faltó para que la madre y la hija me enviaran noramala al final de mi proposición. Habían de ver ustedes á ambas con el gesto avinagrado y fieros los ojos decirme á duo.

—Pero, ¿está usted en su sano juicio?

—¿Usted qué se ha creído de nosotras?

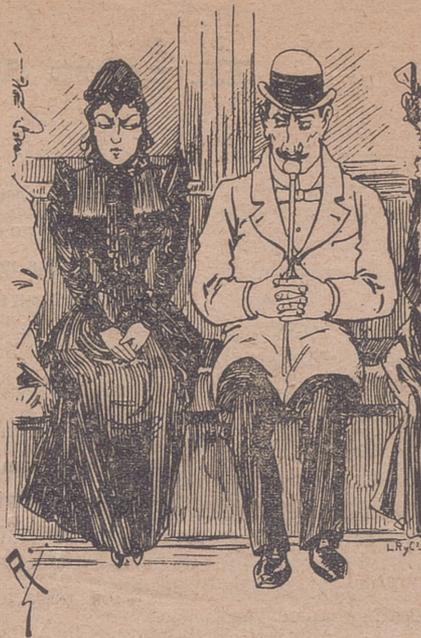
—¡Ave María Purísima! ¿Ha perdido usted la razón?...

—¡Proponernos á nosotras ir á un baile de máscaras!... ¡Horror!

—Señoras—reliqué ya un tanto amoscado con tales exageraciones y aspavientos—creía yo de buena fe que no les molestaría á ustedes mi proposición, máxime cuando nos encontramos en pleno Carnaval, y son muchas las familias que buscan solaz en los bailes.

—Le perdonamos á usted—dijo la madre—pero jamás se le ocurra pensar que nosotras asistiremos á bailes ni á teatros... Y desengáñese usted, joven, de que los que concurren á tales sitios son... cualquiera cosa...

¿Por qué no decirlo?... Salí de casa de mi novia mohino y con un humor de todos los diablos. Mi amor propio, humillado, hacíame comprender que había cometido una majadería de las de marca al ir con la embajada del baile á una casa de tan austeras costumbres... ¡Me valga Dios!... Y en estas reflexiones iba cuando tropecé



—Diga usted, joven: ¿ése que va á su lado es su marido? Y diga usted, ¿tiene mal genio; suele incomodarse si uno la dice lo que le acomode y venga al caso?

en plena calle con Pepe, uno de mis mejores amigos.

Obligado por su cariñosa solicitud acepté aquella noche el ir en su compañía al baile de «El Ramillete,» precursor de los que más tarde habían de celebrarse en Capellanes.

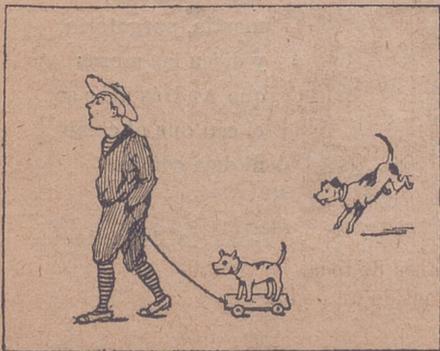
Bailamos de lo lindo, cada cual con la mascarita que tocó en suerte.. Ya de madrugada, nos refugiamos en el local destinado al «ambigú» y... calculen ustedes mi asombro al divisar en una de las mesas á mi pulquérrima novia, su severísima ma-

dre y dos jóvenes desconocidos que alegremente cenaban, entre carcajadas y voces dignas de las más desenfundadas mu-
jerzuelas.

¿A qué hacer comentarios?... Aquella noche me sentí filósofo, dí por terminadas mis relaciones con Julieta y hoy, cada vez que recuerdo la aventura, pienso como el muy nimio Larra, que las máscaras no son las que se disfrazan en Carnestolendas, sino las que todo el año llevan puesta la careta de la hipocresía.

Alejandro Larrubiera.

JUAN QUE RÍE Y JUAN QUE LLORA



El perro del hortelano.

I

Rosario Cienfuegos
es una muchacha
de gracias emporio,
jovial, vivaracha.

Andrés Niporesas
es hombre machucho,
corrido en exceso
y en amores ducho;
la chica es morena,
sus labios de grana,
los ojos rasgados
como una gitana,
la boca pequeña,
los dientes chiquitos,
¡qué busto, qué manos
y qué piecitos!
es tal su donaire,
su encanto y bondad,
que causa el asombro
de la vecindad.

* *

Según el proverbio
el hombre y el oso
cuanto más horrible
es aún más hermoso;
pero estos adagios,
por lo que yo creo,
para sincerarse
los hizo algún feo,
pues si es que el semblante
del alma es retrato
no es bueno el que tiene
la cara de un gato.

* *

Andrés se conforma
no muy dócilmente
con estos refranes
que dice la gente,

quizá desearía
ser guapo doncel
y así las mujeres
irían tras él.

II

Hicieron la boda,
y el barrio decía
que el novio á la novia
martirizaría.



ELECCIONES

—Y qué, D. Juan, ¿por fin se presenta usted?
—Sí, señor, me presento... en quiebra.

Rosario es fogosa
y Andrés tan celoso
pensando en aquello
de «el hombre y el oso...»
que sigue á su esposa
si sale de casa,
la atisba, la acecha,
maldice y se abrasa.
Si algún transeunte
la mira atrevido
Andrés se le acerca
y lanza un bufido;
si la echan requiebros
termina la acción
á palos ó á tiros
y en la prevención.

III

Rosario está triste;
¿qué tiene Rosario?
¿le falta cariño?
¡es extraordinario!
Andrés no sosiega
rabioso de celos,
la guarda con llaves,
se arranca los pelos,
la sigue á la sala,
la sigue á la mesa,
y el pobre no come,
ni bebe, ni besa.

* *

Le llaman los mozos
marido ilusorio,
espía, verdugo,
mastín, purgatorio,
y dicen las mozas
que Andrés debe ser
el can que ni come
ni deja comer.

Roberto de Palacio.

Gacetillas Teatrales

HOY no es día de criticar, sino de *presentir*. Sí, señores, hay que dedicarse al *presentimiento* de lo que puede suceder en los teatros, ya que en la semana pasada no hubo ni ocasión ni lugar de grandes ni de pequeñas disquisiciones críticas.

Seamos zaragozanos ya que no podemos ser Zóilos. Miremos al horizonte, á lo porvenir, como lo hacen las personas progresistas ó progresivas, que suele ser igual. El hueco de las *Gacetillas* hay que llenarlo con algo, y lo que es de sucesos teatrales ó de acontecimientos teatrales, ó como quiera llamarse, estamos lo mismo que de dinero.

* *

El único acontecimiento hebdomadario (¡me daré tono de culto sin clero!) fué la *reventadura* de una pieza que se titulaba *A casa, que llueve*, pieza estrenada en Lara y hecha trizas donde mismo, como dicen mis paisanos.

Y ya ven ustedes que no vale la pena el acontecimiento de la narración. ¿Una pieza silbada? Pues pueden los estrenos continuar.

Y ahora á los pronósticos.

* *

Nada más risueño, nada más bonancible que la presente Cuaresma para los teatros. Se anuncian en voz baja grandes éxitos. Se dice que esta Cuaresma no tendrá raspas, á pesar de la prescripción religiosa de los pescados. Se advierte que habrá tormentas de aplausos en varios coliseos y *guita* abundante en taquillas diversas.

En la Comedia se estrenará una de don José Echegaray, de la cual aseguran los que están bien informados que es cosa buena, pero buena.

No es mucho aventurar, tratándose del primero de nuestros autores, que habrá en su última obra cosas suyas, es decir, de superior calidad.

Se anuncia en Lara un sainete del saladísimo Luceño, del cual sainete afirman los que pueden afirmarlo, que es de lo bueno que su autor ha escrito. Y tampoco es preciso esforzarse mucho para creerlo.

Se anuncia por último en la Zarzuela la representación de *Miss Helyette*, de la cual dicen primores los que en otros teatros la han oído.

De modo y manera que todo hace creer que vamos á gozar de un final de temporada superabundante. ¡Falta nos hacía!

Dejando á un lado á D. José Echegaray, los demás autores en este año, ó no han dado pie con bola ó no han querido darle á la bola con el pie. Cualquiera aficionado á hacer frases podría decir que el teatro español ha sufrido de anemia en esta temporada, una anemia que ha obligado á algunos coliseos á usar el hierro en cerraduras.

Halaguémonos con la esperanza de mejores noches (aquí no cuadra bien lo de días). A ver si el león teatral sacude esa melena, la tan acreditada y tímida melena. Demostremos que no somos unos pelones.

* *

Se me olvidaba, en el capítulo de pronósticos, uno de excepcional importancia.

Eugenio Sellés, el gran autor dramático, vuelve por la antigua senda. Quiere demostrar que es un escritor de primer orden, aunque personaje fusionista, y ensaya un drama que sin duda tendrá cosas muy buenas.

Conque convengamos en que si no hay en lo pasado nada que contar, lo futuro no puede ser más apetitoso.

Aun pensando en esto que auguran se me hace la boca agua. Ahora es preciso que tan risueños calendarios se cumplan del todo.

Y ahora digan ustedes si hay razón para llamar al pobre Palomo, como algunos lo hacen, gacetillero atrabiliario. ¡Atrabiliario yo que me llamo Palomo porque no tengo hiel!

* *

La compañía Berges se ha mudado de casa. Se fué con la música al Circo de Parish. Mucho me alegraría de que la trasplatación surtiese efecto; pero ya verán ustedes cómo no tengo de qué alegrarme.

Querer que el público sin novedades de ningún género favorezca un teatro, es mucho querer.

Por último, en el teatro Martín empezó una compañía dramático-flamenca. ¡Olé el arte!

No desesperemos que algún día se anuncie en los carteles la representación de *El Trovador* con intermedios de *cante jondo*, ó el estreno de algún melodrama con lidia de un becerro de casta.

Juan Palomo.

Cantares.

Quisiera verte llorar
para tener el placer
de poderte consolar.

* *

Ayer te besé las manos,
hoy te he besado la faz,
lo que mañana te bese
lo diré en otro cantar.

* *

Si quieres niña saber
lo mucho que yo te quiero,
ven dos días á esperarme
las horas que yo te espero.

J. Echanove.

EN el artículo GERONA, DOS MINUTOS, de nuestro compañero José de Laserna, salió impreso un párrafo de este modo:

—«Y no se le dió la mano.

—Empujones eran lo que se les daba. Sin duda, por eso...»
Lo que decía Pepe (este Pepe es Laserna), en las dos últimas líneas era:

—«¡Bueno! pero no habían escrito muchas. Sin duda, por eso...»

Lo que decía Pepe (este Pepe es Laserna), en las dos últimas líneas era:

—«¡Bueno! Pero no habían escrito *novelas*.

Sin duda por eso...»

Que conste.

Porque hay viles murmuradores... *

COSAS QUE SE PUBLICAN

Nuestro compañero y colaborador Carlos Ossorio y Gallardo acaba de aumentar el número de los libros por él publicados con uno nuevo titulado *Crónicas Madrileñas*, en las que ha tratado nada menos que cincuenta y cuatro asuntos diferentes... que sería prolijo enumerar.

El tomo está elegantísimamente presentado; lleva un prólogo muy ingenioso, dividido en una carta y una fábula, de Fernandez Bremón, y para que no le falte nada, Rojitas ha hecho para aquél una linda cubierta en cromotipia, tomando por asunto la fisonomía del autor del libro, al que deseamos todo género de prosperidades y productos.

SECCIÓN AMENA Y PRODUCTIVA

¿Creerán ustedes que con las excitaciones del número anterior han acertado ya el jeroglífico del Sr. Rojas?

¿Que ya nos hemos quitado de encima esa losa, ese cargo de conciencia?

¿Que ya no va más?

Pues... va, y lleva camino de seguir publicándose todo el año actual.

Llegará á constituir para nosotros una verdadera vergüenza.

Casi una vergüenza nacional.

Tiene razón un querido suscriptor que nos dice:

«Ya es intolerable. Los que hemos alardeado de saber descifrar jeroglíficos, y sobre todo, los que hemos recibido felicitaciones por haber ganado algún premio, nos ruborizamos cuando ahora nos hablan de LA CARICATURA. No sabemos qué responder, y salimos del paso con excusas: he estado muy ocupado, no me he parado á descifrarlo... etc. ¡Que lo adivinen, por Dios, y nos quiten pronto ese suplicio!»

Eso decimos nosotros y eso mismo dice el Sr. Rojas. á quien ya molestan las 25 pesetas en el bolsillo.

Tal es nuestro deseo que vamos á simplificarlo un poco para que la solución, que sigue siendo la misma, sea cosa de coser y cantar.

Y si ahora, con esta reforma, no lo aciertan ustedes, será preciso que se corten la coleta y no digan que saben descifrar jeroglíficos.

Lo simplificamos, pero tengan presente que si la semana próxima se publica será con aditamentos y nuevas complicaciones.

Nos da el corazón que tampoco esta vez será verdad tanta belleza, y por eso damos hoy otro jeroglífico de los facilitos que, como si lo viéramos! desaparecerá del cartel apenas visto, porque como fácil es fácil.

Para que ustedes se entretengan un rato publicamos á continuación algunas de las soluciones recibidas.

Hay una que se aproxima, hasta el

punto de no faltarle más que una palabra á cambio de sobrarle otra. A buscarla.

«Nueve es el total (ó la suma) de tipos de españoles del Estado.

P. M.

«Cifra suma de tipos distintos (diferentes) de españoles pesan sobre el estado ó el encasillado.»

B. G.

«Nueve es la suma de caracteres de españoles del encasillado.»

¿Es ó no es esta? ¡Sí! pues muchas gracias, y que Dios le dé mucho que dar al Sr. Rojas.»

J. G.

«Cuando estudiaba en mis buenos tiempos las *agradabilísimas* lecciones de cálculo creía que aquello era el *summum*; pero ya me voy convenciendo que «siempre hay un peor,» y prueba de ello es el jeroglífico del señor de Rojas, de quien espero suelte de una vez las 25 pesetas.

Aquí la tiene usted:

«Tres veces nueve, número igual á una suma de cinco letras repetidas y siete diferente había en una línea, entre las de un encasillado.»

S. T.

«Entre los tipos diferentes de españoles, tipos encasillados.»

R. I. y S.

«Nueve es la suma de agrupaciones de tipos (ó caracteres) de españoles peleantes del encasillado.»

J. S.

«Nueve es la suma de los diferentes tipos de españoles para un encasillado.»

A. J.

«Nueve sumas de letras dan las palabras catalanes, gaditanos, manchegos en columnas (ó grupos) de tres.»

J. M. B.

«Nueve es el total de diferentes tipos de españoles del encasillado.»

F. F.

«Agradecería á usted diera orden de que me mandaran las 25 pesetas que ofrece el Sr. Rojas. Allá va la solución:

«27 es la suma de letras de tres nombres que tienen nueve cada uno, compuestos en un encasillado y tales que tienen dos á dos cinco letras iguales y fuera de estas siete diferentes.»

J. T. S.

«Nueve es el total de caracteres de letras diferentes de una imprenta.»

L. M.

«Nueve es la suma de caracteres ó tipos españoles de un encasillado.»

A. R.

«Solución al jeroglífico del Sr. Rojas, que Dios quiera sea la verdadera, para enseguida recoger las 25 pesetitas, y que tenga mucha salud el Sr. Rojas para hacer otros jeroglíficos.

«Nueve es la suma de las diferentes letras de las palabras catalanes, gaditanos y manchegos, y tampoco de nueve pasa la cifra mayor del encasillado.»

J. L.

«Con varios tipos de caracteres diferentes se forman provincias y tipos variados.»

M. C.

Raya ya en el extremo de la vergüenza el que se inserte aún en LA CARICATURA el jeroglífico del Sr. Rojas, y extráñame mucho que el grupo valenciano, tan suspicaz, haya consentido tamaño baldón; y así es, que para que otra vez no suceda el

volverlo á insertar, á continuación van multitud de soluciones.

«Nueve es el total de tipos diferentes de españoles del Estado y punto final.»
(Siguen trece soluciones más.)

J. S. M.

Después de romperme la cabeza con el dichoso jeroglífico tipográfico-aritmético, he dado al fin con la solución

Vaya usted leyendo:

«Entre los caracteres (ó tipos) de españoles (ó provincianos, etc.), hay diferencias.»

.....
Me ha costado algunos (ó varios, etc.) días el descifrarlo; pero todo lo doy por bien empleado, pues no dudo que tengo las 25 pesetas seguras.

Rompo el tercer sobre para decir á usted que la palabra españoles puede ser sustituida, además de las palabras provincianos y provinciales por las palabras (y van cuatro veces que uso la palabra palabra) catalanes, gaditanos y manchegos; de modo que escogiendo para la solución el núm. 10, podría ser la solución, además de otras, la siguiente:

«Entre los caracteres de catalanes, gaditanos y manchegos hay múltiples diferencias.»

F. J. M.

Gracias á Dios ya pareció un *valiente* que manda exacta la solución. Ahí va.

«Nueve es el total (ó nueve es total) de letras en grupos de tres; dos espacios en medio los separa »

C. C.

«Nueve son entre desiguales tipos y distintos caracteres los provincianos preferidos para un encasillado.»

E. B. M.

¡Dichoso jeroglífico que ha tenido el privilegio de sacarme de mis casillas!

Ahí va la siguiente solución á ver si he acertado:

«Nueve es el total de signos diversos que se necesitan en una imprenta.»

J. V.

«Yo también voy á meter mi cuarto á espadas, por ver si *saco* esas pesetas.

«Nueve es la suma de letras de tres tipos españoles peleantes de las casillas.»

F. J. C.

«A la suma (ó reunión) de varios tipos de españoles se presta un encasillado.»

I. G. S.

«Vamos á ver si, con la fuerza de la constancia, consigo alguna vez el premio en metalico; pero como en el número último sólo viene el jeroglífico que parece insoluble, según el tiempo que está sin descifrar, y entre las soluciones recibidas no veo, á mi juicio, otra más racional que la mía, teniendo en cuenta el *postscriptum* del Sr. Rojas, voy á reformarla.

Suponiendo, pues, que el número 9 signifique *número*; la suma siguiente, *total*; *de*, cada una de las dos mayúsculas; *tipos* ó *caracteres iguales*, las enes; *tipos* ó *caracteres desiguales*, desde la X á la a, ó bien *tipos* ó *caracteres desiguales* y *entre ellos* (ó estos) *españoles*, catalanes, etc.; *p* y *l*, *pequeñas*; y *diferencias*, los diferentes grupos de guarismos separados por signos de substracción, pueden hacerse con estos elementos una porción de combinaciones como la siguiente:

«Entre el número total de tipos de españoles hay caracteres diversos y entre estos pequeñas diferencias.»

B. V.

JEROGLÍFICO CON PREMIOS

REGALO DE D. ENRIQUE F.-DE ROJAS

Impresor de esta Revista.

Primer premio: 25 pesetas

Cinco segundos premios de consolación de

medio año de suscripción a LA CARICATURA

3
3
2
1
9 — 9 D

XVEROT³ia

D

catalanes gaditanos manchegos del

1	3	0	5	8	1	8	8	1	6	7
4	8	3	6	5	4	3	4	5	5	3
5	9	5	7	4	3	5	5	9	8	2

Las soluciones han de estar en nuestro poder los martes.

NO SE ADMITEN SEUDÓNIMOS

Quinta inserción.

«¡Ahí va eso! aunque sin confianza ninguna, Sr Director.

9 es el total de tipos españoles que ocupan el estado.

9 es la suma de caracteres españoles del (de un) encasillado.

9 es la suma de tipos de españoles de un estado.

9 es el total (ó la suma) de caracteres distintos del estado.

9 es el total (ó la suma) de los caracteres distintos de españoles encasillados.

9 es el total (ó la suma) de letras de españoles encasillados.

Un número total de tipos de españoles del encasillado...

Un número total (ó suma) de caracteres de españoles encasillados.

¿Será alguna entre tantas?»

J. de los B.

«Sitengo derecho al premio que el señor Rojas ofrece al que acierte su jerooglífico, creo que desde este momento me pertenece.

«Un número sumado de varios tipos (ó caracteres) de españoles para uno sólo encasillado.»

Sr. Director: yo no soy suscriptor á su apreciable periódico, pero sí lector entusiasta, y sobre todo, *sacador* de jerooglíficos; así, pues, en mi casa, que á su disposición tengo el gusto de poner, espero las 25 pesetas.»

L. P.

«Ahora soy yo el que voy á atreverme con el jerooglífico de marras.

«Un número total de diversos (ó varios) tipos de españoles peleantes del encasillado.»

F. R.

«Nueve suma total de letras de diferen-

tes caracteres de españoles por un encasillado.»

J. G. L.

«He pensado otra solución y la mando. «Nueve es igual á la suma de letras, de cada una de las palabras catalanes, gaditanos, manchegos, esta última tiene una sílaba menos, por lo que las tres hacen once.»

J. M. B.

«Nueve es la suma (ó total) de letras, unas repetidas, otras no, de las palabras (ó nombres) catalanes, gaditanos, manchegos; puesta una palabra bajo de otra forman columnas (ó casillas) iguales.»

L. F.

«Nueve es la suma (ó el total) de letras, unas repetidas, otras no, de las palabras (ó los nombres) catalanes, gaditanos, manchegos. puesta una palabra bajo de otra, formando columnas, ocupan espacios iguales.»

L. F.

«Antes de sumar el número de tipos de España, de vuelta uno sobre el encasillado.»

R O.

Ultimatum. — El jerooglífico consta de más de nueve palabras y no llega á diez, lo mismo antes que ahora.

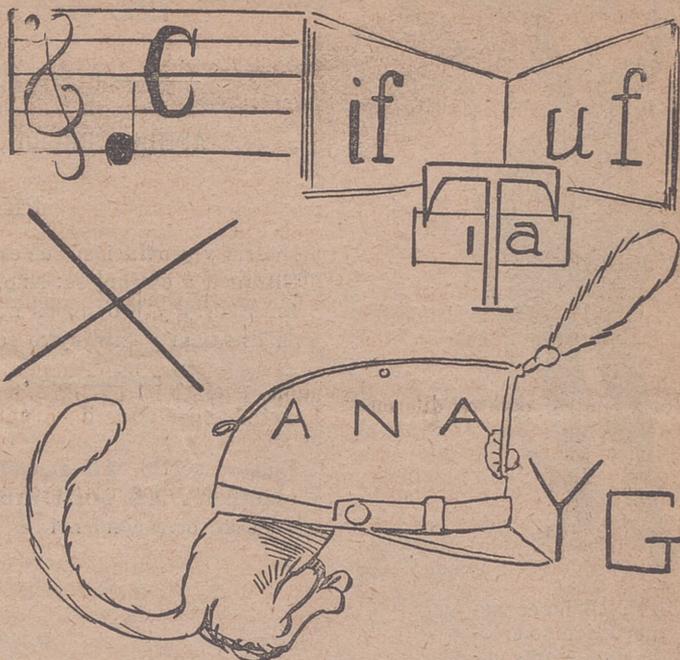
JEROGLÍFICO CON PREMIO

(aunque no lo merece, porque es muy fácil.)

PRIMER PREMIO, VEINTICINCO PESETAS

Cinco segundos premios de consolación

medio año de suscripción á LA CARICATURA



MARTES

Una de sus palabras ninguno de ustedes la escribe bien: hay que fijarse en todo.

Parte del jerooglífico ya está adivinada, pero falta la otra, que es la más fácil.

Ahora verán todos que la *p* no era *p*, sino *d* vuelta, lo cual no es lo mismo.

Esto traerá *cola*.

ROJAS.



¡Caramba!

El mejor café

no es el de *La España?*

Diga usted que sí, etc.

Santa Engracia, 94

MADRID
IMPRESA DE ENRIQUE F.-DE ROJAS
Plaza de los Mostenses, 12.



LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Se publica los domingos.

16 PÁGINAS, 15 CENTIMOS

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, 36 Y 38, PRINCIPAL

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En Madrid y provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA

Número suelto, **15 céntimos**.—Id. atrasado, **30 céntimos**. Corresponsales y vendedores, **10 céntimos** número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RA MÓN MILLET.

LA CARICATURA ha conseguido en muy poco tiempo colocarse al nivel de las mejores publicaciones del extranjero. Y como obras son amores y no buenas razones, ahí van las firmas con que hasta ahora se han honrado las columnas de LA CARICATURA:

Alas, Leopoldo (*Clarín*).
 Abate Pirracas.
 Benlliure, J.
 Blanco, Ramiro.
 Bofill, Pedro.
 Burgos, Javier.
 Campoamor, Ramón de (de la Real Academia Española.)
 Castelar, Emilio (de la Real Academia Española.)
 Cavia, Mariano de.
 Delgado, Sinesio.
 Dicenta, Joaquín.
 Enseñat, Juan B.
 Ernesto.
 Esbrí, José María.
 Estrañí, José.
 Estremera, José.
 Flores García, F.
 Francos Rodríguez, J.
 Larrubiera, Alejandro.

En todos los números

Sección amena y productiva

con regalos de 25, 50, 75 y 100 pesetas, á todos sus lectores.

16 PAGINAS, 15 CENTIMOS

La Caricatura

MADRID 1.º DE ENERO DE 1895

N.º 24.



¡ARO NUEVO!

— Dime, Antonio, ¿por qué te negas á hacerme ese regalo como entrada de año?
 — Porque sería entrar con mal pie

Laserna, José.
 López Ballesteros, L.
 Lustonó, Eduardo.
 Luque, J.
 Matóses, Manuel.
 Méndez.
 Ortega Munilla, José.
 Ossorio Gallardo, C.
 Palacio, Eduardo de.
 Palacio, Manuel del (de la Real Academia Española.).
 Palomo, Juan.
 Pando.
 Pardo Bazán, Emilia.
 París, Luis.
 Paso, Manuel.
 Pérez y González, Felipe.
 Pons, Angel.
 Porset, Liborio.
 Rabier, A.
 Rojas, Pedro de.
 Royo Villanova, Luis.
 Rovira, Prudencio.
 Rueda, Salvador.
 Sánchez Pérez, A.
 Serrano de la Pedrosa, F.
 Soriano, Manuel.
 Taboada, Luis.
 Urrecha, Federico.
 Valdés, L., y otros.

LA CARICATURA es el periódico cómico mejor y más barato de cuantos se publican en España.

Encargado de la venta en Madrid, JOSÉ MARÍA ARAQUE, café del Pinar, calle de Alcalá, 35.

Los anuncios para LA CARICATURA se reciben en la empresa anunciadora Los Tiroleses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.